



UNIVERSIDAD VERACRUZANA
*Dirección General de Desarrollo Académico
e Innovación Educativa*



El aprendizaje socioemocional del académico universitario

La búsqueda del significado *Reflexiones de un profesor*

Por: Dr. García Cuevas Pablo

La búsqueda del significado

Reflexiones de un profesor

Introducción

La búsqueda de significado es esencialmente la búsqueda de uno mismo. El significado constituye, en muchos aspectos, la sustancia del ser. Donde hay significado, hay intervención, cuando algo tiene sentido, uno se compromete a ello, donde hay sentido, hay convicción. Tal compromiso y convicción es algo diferente del conformismo, o de simplemente interpretar un papel, o vivir como un engranaje en una máquina, o perder la individualidad en la infame muchedumbre de las costumbres.

Si falta significado en mi trabajo como profesor, es decir, el ser no está involucrado, falta la esencia. La enseñanza es sólo una formalidad vacía. El problema de la falta de significado se superpone en muchas formas a problemas de ansiedad y soledad. Es mayoritariamente por la falta de significado –un tipo de vacío emocional que persiste cuando las cosas no importan– que las personas resienten la soledad. Es parcialmente por la falta de, o una distorsión del significado en las pretensiones o en discordancias internas, que la persona se llega a sentir ansiosa.

Cerca de 60% de las personas que respondieron al *Inventario de Problemas Personales* indicó que la falta de significado era un problema sobre el que les gustaría tener ayuda para entenderlo ellas mismas. Para expresar este problema, muchas dijeron que no estaban seguras sobre lo que querían de la vida –qué es importante ser o hacer u obtener de la vida–. Algunas dijeron que lo que estaban haciendo o lo que estaba pasando no parecía significar mucho; otras mencionaron que veían poco o ningún significado en muchas de las cosas que tenían que aprender o enseñar. Otro grupo de personas expresó la falta de sentido por saturación (por así decirlo), indicando que se involucraban en tantas actividades y responsabilidades que tenían poco tiempo para sí mismas.

Hemos realizado un fabuloso progreso en explorar las dimensiones externas de nuestro mundo y en controlar

sus propiedades físicas, pero se ha avanzado muy poco en cultivar el coraje para explorar nuestras debilidades y limitantes, mismas que nos impiden crecer como personas. Nos asusta lo que podamos encontrar, sin embargo, sólo podemos retrasar la búsqueda, pues la necesidad se mantendrá vigente a lo largo de nuestras vidas.

El problema de la falta de sentido –al que *Tillich* se ha referido como la ansiedad del vacío y la ansiedad de la falta de sentido– prevalece no sólo entre los profesores y sus pupilos cautivos. La falta de sentido es una condición muy común en la enseñanza superior y en posgrado. Mucho de lo que se hace en el nombre del aprendizaje es simplemente una reacción que obedece a fines laborales más que a la búsqueda de sentido en la vida.

Educación y la búsqueda de sentido

La prueba crucial de la búsqueda de sentido en educación, es la implicación personal de lo que aprendemos y enseñamos. En algunos círculos de enseñanza esto sonará extraño, porque usualmente se asume que un cuerpo de información es en sí mismo significativo.

Al afrontar como educadores el problema de la falta de sentido, debemos hacer un esfuerzo para conducir la educación en profundidad –movernos hacia algo que es personalmente significativo, más allá de la fachada de hechos, materia subjetiva, lógica y razón tras la cual los motivos humanos y los verdaderos problemas y luchas de una persona frecuentemente se ocultan. Esto implica ayudar al estudiante a relacionarse con lo que está aprendiendo, y a encajar lo que aprende en el entramado de su vida en una forma significativa.

Representa un esfuerzo para sobreponerse a la predominante tendencia en educación de animar al estudiante a entender todo, excepto a sí mismo. Significa un esfuerzo para lograr una mejor integración del pensamiento y el sentimiento de parte de educandos y educadores. Significa un esfuerzo para cortar, a través de las pretensiones del “interés” en aprender, ampliamente adoptadas para evadir nuestra propia responsabilidad en el proceso educativo.

Actualmente, cada clase que se imparte en la educación primaria, secundaria o universitaria puede –de una forma u otra–, estar profundamente cargada de significado. Cada clase puede ayudar a algunos jóvenes a descubrir sus habilidades y a explorar o usar sus recursos. Por ejemplo, el estudio de la historia puede ser una expe-

riencia intensamente significativa, pues está llena de la esencia de esperanzas y miedos humanos: las luchas del hombre, su orgullo, su vergüenza, su coraje, su alegría.

Mucho de la historia —quizá todo— puede ser enseñado de tal forma que haya una línea directa de comunicación emocional e intelectual desde los personajes históricos y sus acciones a las vivencias personales de los estudiantes, lo mismo respecto a la literatura y todos los demás temas académicos. Así también ocurre con la educación física y todas las artes, habilidades y ocupaciones artesanales, pues cada uno de estos oficios puede ser emprendido de una forma que tenga directa e inmediata implicación personal.

Pero en su lugar, mucho de lo que los profesores tienen que aprender y de lo que tienen que enseñar, así como lo que millones de alumnos están obligados a estudiar es muy poco significativo, falto de sentido. Hemos asumido que el conocimiento tiene un valor intrínseco (pues, además, se lo hemos asignado arbitrariamente dentro de un esquema de evaluación), importando poco o nada el significado que le pueda dar el alumno. Cuando consideramos el problema de la falta de sentido, no es extremo decir que uno de los dilemas comunes en educación es que los profesores no hemos tenido el coraje de enfrentar las implicaciones personales de nuestro llamado a la formación de seres humanos.

Ayudar a otros a través de enfrentarse a sí mismo

En la escuela hay innumerables oportunidades para ayudar al estudiante en la búsqueda de sí mismo. Puede ser auxiliado en el descubrimiento de sus aptitudes y habilidades socioemocionales, para enfrentarse a algunas de sus dificultades internas y a darse cuenta de sus propias limitaciones. Sin embargo, para ayudar a un alumno a tener experiencias significativas, el profesor debe conocerlo como persona. Esto significa que como profesor debo primero conocerme a mí mismo si quiero entender, aunque sea un poco, a mi alumnado.

Lo que hago como profesor afecta profundamente las actitudes de mis alumnos acerca de su valor como persona, pues la vida escolar está fuertemente revestida con halagos y culpa, orgullo y vergüenza, aceptación y rechazo, éxito y fracaso, ya sea expresa o tácitamente. Todo en la relación entre el profesor y el estudiante (incluso, la ausencia de interacción), tiene o puede tener un efecto significativo en lo que el estudiante piensa o siente sobre sí mismo.

Para percibir las luchas internas del estudiante y los problemas a los que se enfrenta, como profesor, debo esforzarme en afrontar los mismos conflictos dentro de mi propia perspectiva histórica, los cuales son, en su mayoría, de naturaleza emocional.

Para ser capaz de entender y simpatizar con un alumno que es hostil (y todos lo hemos sido, en mayor o menor medida), como profesor debo enfrentarme a mis propias tendencias hostiles y tratar de aceptar las implicaciones de mi enojo cuando éste ocurre, digamos, en mi molestia con los alumnos, en mi impaciencia para conmigo, y en mis disputas con otros profesores. Es mi deber buscar entender los medios que utilizo para evadir mis responsabilidades culpando a los demás.

Para apreciar los temores de otro, una persona debe tratar de examinar los propios. Debe buscar enfrentarlos cuando aparecen en sus fobias, aprehensiones, miedo a la desgracia, timidez, incertidumbre, renuencia a atreverse y preocupaciones respecto a lo que otros puedan pensar de él.

A menos que un profesor pueda, hasta cierto punto, enfrentar su propia ansiedad, él no comprenderá cuando un alumno impotentemente exprese la suya. Podría ser duro cuando las ansiedades del niño aparezcan en tales signos como la incapacidad de aprender, impertinencia, falta de atención, inquietud, irritabilidad y semejantes.

El entendimiento que un profesor tenga de los demás puede ser sólo tan profundo como la sabiduría que posee cuando mira en su propio interior. Entre más genuinamente busque enfrentar sus propios problemas, más capaz será de darse cuenta de su parentesco con otros en educación, riqueza, religión o rango profesional, generando un sentimiento de empatía con los demás.

¿Cómo logro el entendimiento de mí mismo?

Un principio general es éste: *Para obtener el conocimiento de sí mismo, uno debe tener el coraje para buscarlo y la humildad para aceptar lo que pueda encontrar.* Si se tiene tal coraje y humildad, se puede buscar ayuda profesional y aprovechar muchos recursos de la vida diaria. Cada uno de nosotros puede aprender de la experiencia de las alegrías y tragedias de la vida, puede beneficiarse de tratar de atrapar el significado del propio júbilo, enojo, depresión, miedo, deseo de hacer daño, y así sucesivamente.

Una valiosa ayuda en la examinación del ser, que puede ser principalmente intelectual, pero también golpear a un nivel profundamente emocional, es leer los libros escritos por personas compasivas que han hecho algún progreso en su propia lucha de conocerse a sí mismos.

El método de “observación participante” nos ofrece el medio para auto-observarnos. Registramos lo que escuchamos y vemos, y los sentimientos que emergen mientras escuchamos una discusión o visitamos una clase. Entonces, con la ayuda de otros, examinamos nuestros registros y los comparamos con los de nuestros observadores. Esta comparación puede demostrar cómo lo que notamos está determinado por los hábitos de pensamiento que se dan por hecho. Lo que percibimos “objetivamente” es frecuentemente una proyección del propio estado subjetivo y, entonces, podría decirnos más sobre nosotros mismos que de la gente que observamos.

Este amplio principio también mantiene: *Es dentro de un escenario interpersonal donde adquirimos la mayoría de nuestras actitudes y la forma en que nos auto-percibimos, por lo tanto, es muy probable que sólo en un escenario interpersonal, una persona puede ser ayudada a enfrentarse con algunos de los significados de estas actitudes.*

Una relación que puede promover el conocimiento de uno mismo permanece cuando buscamos terapia privada o nos unimos a otros en una situación de terapia grupal. También existe, en cierta medida, cuando se entra en una relación con otros individuos, en cualquier camino de la vida, que pueden ayudarnos a aumentar la perspectiva de nuestra persona. En un grupo, un sujeto podría ser ayudado a ver su furia, miedo y otros dispositivos protectores como otros los ven. La forma en que los demás se expresan o responden podría ayudarlo a percibirse bajo una nueva y reveladora luz. Detectar algunas de las evidencias de vergüenza, humildad, ansiedad, espíritu de venganza y otros afloramientos de actitudes profundamente asentadas, de las que originalmente no estaba al tanto. Similarmente, presenciar la imitación de su conducta por un compañero en un juego de roles, podría arrojar alguna luz en conflictos no reconocidos por él mismo.

Algunas de las posibilidades más ricas para la propia examinación pueden encontrarse en las relaciones periódicas que sostenemos con otros (de un mes a otro o de un año a otro). En la profesión docente apenas hemos empezado a explorar y a tocar estos recursos para

el crecimiento del autoconocimiento, aunque ya se están haciendo algunos trabajos en esta área. Si las personas pudieran animarse unas a otras para salir de detrás de la cortina que comúnmente esconde sus emociones de los demás y de sí mismas, estas emociones podrían ser encaradas de una forma que produjera revelaciones muy interesantes.

Encarando el rol de sentir en pensar

Hasta ahora, el énfasis ha estado en la necesidad de enfrentar nuestras propias emociones si pretendemos hacer algún progreso en entender las de otros. Pero hay una necesidad de encarar la emoción para lidiar con lo que podrían parecer ser los aspectos puramente intelectuales y académicos de los programas escolares. Mucho de lo que es llamado pensamiento está gobernado por sentimientos no revelados. La lógica es, con frecuencia, gobernada por el deseo, los argumentos intelectuales son frecuentemente los instrumentos del miedo o de la ira. En la medida en que esto sea cierto, el significado completo de lo que parece ser discurso académico, no es revelado o compartido. Para pensar con claridad, para comunicar lo que estamos pensando, para pensar efectivamente sobre lo que alguien más está tratando de expresar, es importante saber cómo nos sentimos, y cómo ese sentimiento influencia nuestros pensamientos y los de los demás.

Dejamos que nuestros sentimientos gobiernen la naturaleza de nuestro razonamiento sin saber lo que estamos haciendo; entonces, cuando proyectamos nuestros propios prejuicios en una discusión de un problema histórico, o de un problema de disciplina o erudición, o una decisión sobre qué cursos debe tomar un estudiante de preparatoria para continuar con su tránsito hacia la universidad, etc., sin preguntarnos una sola vez: ¿Es esto realmente puro raciocinio, o quizás estoy proyectando mis propios prejuicios o cediendo en mansa, pero compulsiva, obediencia a lo que otros han demandado?

Durante la campaña presidencial estadounidense de 1952, se organizó un foro cuyo propósito declarado era tratar de investigar cuáles eran las razones emocionales que las personas usualmente le dan a los demás y a sí mismos para apoyar a un candidato u oponerse a otro. Los miembros del foro eran instructores y graduados universitarios. Pronto se volvió notorio que era muy difícil para estas personas preguntarse: ¿Hay quizás una razón emocional, aparte de las razones lógicas que doy, para mi apoyo por un candidato o mi encarnizada posi-

ción a otro? ¿Qué, en un nivel emocional, significa esta campaña, y qué simbolizan los candidatos en mi propia vida emocional? ¿Cómo me siento respecto a sus personalidades, partidos y problemas, distinguidas de lo que yo creo que pienso sobre ellos? El proyecto fue un rotundo fracaso. La hora transcurrió haciendo un refrito de los ya gastados argumentos usados en materiales de campaña de ambos partidos.

Algunos podrían decir que preguntar a los docentes si consideran que podría haber un sesgo emocional en el racionamiento que usan para apoyar a un candidato político es simplemente pedir demasiado a la naturaleza humana. Pero no entender el rol de las emociones en nuestro pensamiento, es renunciar a comprender por completo nuestra capacidad de razonar.

Encarando las implicaciones personales de las ideas

Una queja frecuente de los maestros en entrenamiento es que tienen que aprender mucha teoría sin que les enseñen cómo ponerla en práctica. Éste es un problema, pero probablemente no es el original. El problema de fondo es la resistencia al significado de la teoría y cómo se aplica en uno mismo. Cualquier teoría en educación que tenga sus raíces en las realidades de la vida, tiene un significado práctico inmediato para aquellos que están dispuestos a interiorizarla.

Con frecuencia, cuando como profesores buscamos una aplicación práctica —un método, un truco, una prescripción, una regla de oro— no estamos tratando de entender, sino de evitar el significado que una teoría podría tener para nosotros. Teoría y práctica están con frecuencia fuera de marcha en la educación porque como docentes —y como el resto de los seres humanos—, nos gusta externalizar más que internalizar un paradigma. Nuestra respuesta inmediata, frecuentemente, es una postura manipuladora: hacer algo a alguien más.

La función esencial de la educación es ayudarle al alumno en desarrollo a entenderse a sí mismo y a perfeccionar actitudes saludables de autoaceptación. En algunas situaciones, en el salón de clases que he tenido la oportunidad de observar, los profesores han hecho casi todo, excepto la única cosa que es necesaria: tienen largas listas de verificación de los intereses de los alumnos; han hablado con los padres y/o con los alumnos; han conseguido que los jóvenes expresen con un voto lo que para ellos parecía ser sus más urgentes e importantes problemas; les han proyectado películas, exhi-

biciones y han usado todo tipo de parafernalia. Pero al hacer esto, frecuentemente dejan afuera la única cosa esencial para lograr una sana autoaceptación: su propia implicación personal en el proceso de aprendizaje.

Desesperanza y desesperación

Muchas de las personas que hicieron entrevista en conexión con el estudio del Inventario de Problemas Personales expresaron sentir desesperación al buscar una solución de algún problema o problemas en sus vidas. Sin embargo, en ningún caso hubo consistencia o pura actitud de desesperanza. Las personas que dijeron o implícitamente indicaron que estaban sin esperanza respecto a una dificultad particular, también demostraron que todavía tenían mucho coraje para enfrentar la vida. Lo que tratamos como desesperanza fue expresado por enunciados como el siguiente:

“Siento que hay cosas importantes en la vida que me he perdido y que nunca encontraré, sin importar cuánto trato o cuánto logre, siento que hay cosas en la vida a las que tengo que renunciar, y sospecho que a mi edad es demasiado tarde para reponerlas. A pesar de que creo que las dificultades de la vida podrían valer la pena, frecuentemente parece imposible. A veces siento que la vida es tan complicada y revuelta, que me pregunto si vale la pena seguir intentándolo” (Jersild, 1967, pp. 88-89).

Hay una nota de desesperanza en todos estos enunciados, y es cierto que una persona que comparte los sentimientos expresados por ellos probablemente encara una gran área de vacío en su vida. Pero hay más que una terrible condición de vacío: la condición de desesperación.

La máxima condición de falta de significado en la vida es un estado de desesperación. Donde hay consciencia de la desesperanza, hay consciencia de lo que podría ser, y esto en sí mismo contiene un rayo de esperanza. Aún hay una posibilidad, como el profeta lo ha dicho, de que el pozo del dolor podría todavía ser llenado con alegría.

En un estado de desesperanza el prospecto es más sombrío que esto. Desesperarse es rendirse. Aquél que completamente se desespera se ha rendido en la búsqueda de sentido. Se ha rendido en la lucha de encontrarse a sí mismo. La desesperanza es como la muerte, pero más profunda que ésta, es la clase de muerte en vida. Es lo que Kierkegaard ha llamado “la enfermedad hacia la muerte”.

La muerte no es en sí un símbolo de desesperación. El prospecto de la muerte es un tema recurrente en la historia de una vida en la que aún hay crecimiento. La muerte no puede ser negada nunca. Pero aquel que aún está en la búsqueda de la individualidad se enfrenta a ésta e incorpora su pensamiento en el barrido más grande de su existencia. Podría ir, incluso, un paso más allá y aceptar la muerte como algo inherente a la vida; o tratar de creer que su identidad vive después de la muerte —una idea que muchos tienen, pero otros rechazan. Podría creer que continuará viviendo en la memoria de aquellos que permanezcan. Podría creer que, de algún modo, él sobrevivirá, incluso, si sus huesos han sido enterrados. También puede pensar que encontrará la vida eterna, no mediante la existencia perpetua, pero sí a través de la plenitud de su vida. De acuerdo con esta creencia, un ser que se hunde profunda y completamente en las posibilidades de vivir, captura y abraza la esencia de la inmortalidad, ya sea que el espíritu sobreviva al cuerpo o no. Éstas son algunas de las maneras de aceptar o buscar aceptar la amenaza de la muerte y el inevitable hecho de que ésta ocurrirá.

Aquel que se acepta completamente, se acepta a sí mismo como aquel que morirá. Es más capaz de vivir quien está mejor preparado para morir. Él es quien, a pesar de enfrentar el prospecto de la muerte, aún vive. El estado de desesperanza es de otro modo. Porque aquel que desespera, si su desesperación es completa, ha muerto mientras aún está vivo. La suya es una muerte viviente.

¿Quiénes son aquellos que desesperan? Los desesperados, no son aquellos que detectan áreas carentes de sentido en su vida, o quienes dijeron que se sentían solos o faltos de hogar o sin esperanza. Estas personas aún están vivas en búsqueda de la individualidad. Ellos tienen el coraje y la humildad de aceptar el hecho de que hay algo vacío en sus vidas. Ellos dicen que hay algo de muerte en su existencia, pero por la virtud de aceptar esta condición están entre aquellos que se encuentran más vivos. Los desesperados son más propensos a estar entre aquellos que pretenden estar bien ajustados a la sociedad y por encima de la fragilidad humana. Su ajuste podría ser una forma de desesperación. Ajuste por medio de la renuncia a sentir, ajuste a la condición de ni siquiera atreverse a enfrentar los problemas de la ansiedad y el sentido. Ajuste ganado al precio de no atreverse a preguntar: ¿quién soy yo y por qué soy yo?

Una persona desespera cuando renuncia a la posesión más íntima de su humanidad: el sentimiento, la pasión,

el sentido y la elección. Es cuando se sabe que la búsqueda de sentido y valor es sólo una ilusión. Nuestro corazón debe estar con aquellos que dicen que sus vidas tienen vacíos. Pero es más profunda la necesidad de compasión con aquellos que dicen que la vida misma está vacía.

La paradoja de la falta de sentido

Cuando las personas sienten que la falta de significado es un problema en su vida, expresan cierto tipo de abatimiento. Pero hay una paradoja en este abatimiento, pues expresa tanto como consciencia del vacío como una tendencia subyacente hacia la esperanza. Hay esperanza porque la preocupación por la falta de sentido en sí misma implica la posibilidad de que el sentido pueda ser encontrado.

Esta esperanza, que persiste a pesar de las decepciones, tiene profundas raíces en el suelo de las experiencias tempranas de la vida. Una de las más impresionantes características de los niños pequeños es que buscan activamente entender, primero sin palabras y luego mediante lenguaje, examinar, indagar en el qué, el cómo y el por qué. Incluso, en una etapa temprana de la vida, como si tuvieran una fe implícita, saben que hay un cómo, un qué y un por qué. Un poco de esta esperanza se vislumbra cuando en la escuela, el niño busca encontrar un sentido en el vasto cuerpo de material académico que está obligado a aprender.

Aunque esta esperanza persiste, es cierto que muchas personas revelaron un profundo sufrimiento cuando reconocieron que hay áreas de vacío y falta de sentido en su vida, cuando se dan cuenta de que han tratado impotentemente cumplir expectativas imposibles. Hay dolor y tragedia cuando la gente admite sentirse sola, sin hogar y sin esperanza.

Si un breve encuentro con la idea del autodescubrimiento evoca tanta consciencia en el vacío, la falta de sentido y la soledad, ¿no sería el panorama incluso más sombrío si estas personas se lanzaran en una búsqueda más profunda dentro de sí mismas? La respuesta es **sí**. ¿No sería mejor entonces dejar estos temas intactos, dejar ocultas las tendencias subyacentes de la tragedia? La respuesta es **no**.

Es cierto que una persona que indaga acerca del sentido de su vida probablemente se sentirá incómoda. Encontrará que ha estado fingiendo, se enfrentará a senti-

mientos que son inquietantes y depresivos. Pero estas condiciones ya existían antes de que empezara a cuestionarse. Sentirse activamente inquieto por ellas puede ser el inicio de un proceso de reparación y crecimiento. La búsqueda de sentido es dolorosa, aunque sanadora. Es probable que la persona que la inicia se sienta peor antes de ir mejorando su estado de ánimo. Es solo mediante la aceptación de uno mismo, tal cual es –teniendo el coraje de percibir, la humildad de apreciar y saborear la propia soledad, la hostilidad y la falta de sentido de muchas de las cosas que hacemos– que el proceso de sanación y reparación puede seguir su camino.

Debemos enfrentar la pregunta del sentido en la educación, no evadirla, incluso si duele. Muchas personas opinan que la educación no debe entrar en esta área. No deberíamos tocar temas que puedan causar ansiedad. No deberíamos entrar en las áreas más profundas del sentido vital que hagan que el estudiante se sienta afligido. Ni siquiera deberíamos discutir la ansiedad porque hacerlo podría ocasionar que los alumnos se sientan más ansiosos de lo que ya están. ¿Entonces, cuál es la alternativa? No la hay, no hay nada significativo que podamos tocar en cualquier nivel educativo que no vaya a causar ansiedad en algunos estudiantes.

En las situaciones de aprendizaje más convencionales y psicológicamente inocentes, los alumnos se enfrentan al fracaso, al ridículo y al rechazo en una escala monumental. Constantemente afrontan condiciones que crean ansiedad o agravan aquella que ya existe. Por ello, centrar nuestra atención sólo en lo académico y evadir cualquier énfasis en las implicaciones del ser no eliminará la ansiedad. La única manera en la que podemos erradicar completamente la ansiedad en la educación sería dejando de educar a los niños por completo. Pero, aparte de eso, ¿cuál es la alternativa?

¿Deberíamos, para evitar el riesgo de incomodar a las personas, proceder en nuestra pedagogía como si estuviéramos lidiando en una forma mecánica con hechos incorpóreos? Esta pregunta se vuelve más insistente cuando miramos a nuestros alumnos. Si los examinamos con detenimiento, encontramos que sus vidas, como las de nosotros como profesores, son tocadas por la ansiedad, hostilidad, soledad, culpa y muchas otras condiciones de angustia. Si vamos a encarar a los alumnos como son, debemos encarar sus condiciones tan objetivamente como podamos.

Humildad

La humildad es una forma de fuerza interior, un tipo de dignidad que hace menos necesario para una persona fingir. Es algo distinto de la debilidad. El humilde no lo es porque no tenga carácter. Ser humilde no es lo mismo que ser un blanco fácil o una persona sin convicciones robustas.

¿Por qué es humilde aquel que está en la búsqueda de sentido?

No puede evitar ser humilde cuando mira más allá de las apariencias de las cosas y contempla los vastos alcances de lo desconocido. No puede evitarlo, cuando mira las maravillas del crecimiento humano. ¿Qué padre puede contemplar, por ejemplo, el desarrollo del lenguaje de un niño sin sentirse impresionado?

No puede evitar sentirse humilde mientras absorbe todo lo que puede saber, y al hacerlo reconoce profundidades que no concibió jamás y alturas que nunca escaló en los majestuosos picos y valles de su vida interna.

¿Cuáles son las marcas de aquél que es humilde?

Sobre todo, es una persona capaz de esperar y guardar silencio. Puede esperar, porque no pretende entender cada pregunta o tener una respuesta a todas ellas. No se siente culpable por no saber, al menos no siempre. Tampoco se siente culpable cuando es asaltado por dudas sobre algo que pensó que ya sabía.

Ser capaz de esperar le permite escuchar. Es un buen oyente cuando otros tienen algo que decir, y los escuchará si piensa que es pertinente hacerlo. Pero, incluso, es un buen oyente de su propia voz interior. Si no lo fuera, no se daría el tiempo de experimentar el impacto de sus sentimientos, de capturar el significado de un humor naciente o vagamente placentero o el inquietante pensamiento que cruza su mente.

Hay una condición opuesta a la humildad, un falso sentido de orgullo y arrogancia que no puede tolerar la duda. Esta arrogancia es una forma de ansiedad. Es una condición de sentirse mortalmente amenazado, a menos de que uno tenga inmediatamente a la mano las respuestas correctas respecto a la naturaleza de la existencia del hombre. Cuando prevalece esta actitud, una persona no puede buscar el sentido, y aunque el sentido haya sido encontrado, o así lo cree, es probablemente

sólo una posición académica. Es el tipo de verdad precaria que abrazan aquellos cuya fe es tan débil, que no tienen el coraje de dudar.

Sólo cuando la persona humilde puede tolerarse como una criatura imperfecta, sin avergonzarse por ello, puede tener la libertad de escuchar y aprender.

La persona humilde está dispuesta a aceptar la verdad y buscarla dondequiera que pueda ser encontrada. Un maestro humilde, por ejemplo, aceptará a un alumno como alguien que, en cualquier situación, podría dar una mirada más clara y profunda en el sentido de las cosas que el mismo profesor. Un académico humilde es aquel que se da cuenta de que cuando una persona menos educada está confundida y pregunta por qué, su cuestionamiento es más profundo que el de un erudito que sabe los contenidos de cien libros, pero jamás se atreve a preguntar qué significa su erudición.

Fuente:

García, P. (2021). La búsqueda de significado. Reflexiones de un profesor [no publicado]. Derivado de: Jersild, A. T. (1967). *The search of meaning. When teachers face themselves*. Amsterdam University Press.